

## Trascendiendo al yo ensimismado

, citation and similar papers at [core.ac.uk](http://core.ac.uk)

brought to

provided by

ROMÁN CUARTANGO

Universidad de Barcelona

**RESUMEN.** Muchos de los dilemas morales perderían su intensidad, piensa Iris Murdoch, si abandonáramos la idea de una voluntad soberana que elige autónomamente sus cursos de acción. Prestar atención a la constitución de la realidad posibilita una suerte de ascesis experiencial que conduce más allá del los devaneos de un yo ensimismado. El ejercicio de apreciación de los detalles, de las conexiones, de la complejidad, modifica la decisión misma: no se trata de elegir, sino de “ver” lo moral –la exigencia de la cosa–, igual que un artista cabal no pinta lo que “le gusta” sino “lo que está ahí”.

*Palabras clave:* atención, perspectiva, perfección, amor, egocentrismo.

**ABSTRACT.** Many of moral dilemmas would lose its intensity, thinks Iris Murdoch, if we left the confused idea of a sovereign will that chooses independently its courses of action. Paying attention to what constitutes the reality enables a sort of asceticism of the experience, that leads beyond the deliriums of an I absorbed. The exercise of estimating the details, the connections, the complexity, modifies the decision itself: it does not be a matter of electing, but of “seeing” the moral thing –the demand of the thing–, the same as an exact artist does not paint what “he likes” but “what it is there”.

*Key words:* Attention, perspective, perfectim, love, egocentrism.

La novelista y filósofa Iris Murdoch lleva a cabo en las conferencias reunidas bajo el título *La soberanía del bien* una reflexión puramente conceptual sobre ciertos aspectos fundamentales de la vida moderna que ha desarrollado también, de una manera artística, en su literatura. En sus novelas se escenifica ya la perplejidad característica de unos seres humanos confinados en cierto modo en el estrecho territorio de su capacidad de elección, de la que parece depender todo, tanto el sentido de lo existente cuanto las configuraciones de lo porvenir. Los personajes literarios se ven compelidos a tomar decisiones que se siguen con cierta cohe-

rencia del redescubrimiento del valor propio de una realidad habitualmente velada por los destellos de una subjetividad casi solar que parece forzada siempre a imponerse. Con tales decisiones de “renuncia” a la pura voluntad se atempera el agujoneo –insostenible en ocasiones y también nefasto en otras– de la elección y de la acción.

En la escritura filosófica es la propia Murdoch quien toma la palabra para, como se ha dicho, reflexionar *por meros conceptos* sobre los elementos básicos en los que se asienta el mundo del que formamos parte tanto su autora como nosotros mismos. Son precisamente esas

nociones, esas ideas no siempre explícitas, las que constituyen los puntos cardinales de nuestra geografía vital, a partir de la cual pueden explicarse tanto nuestros comportamientos cuanto nuestras perplejidades y patologías más idiosincrásicas. De un modo bastante descarnado, podríamos caracterizar el mundo moderno como el estado de cosas resultante de que el ser humano ejerza de subjetividad solar. Si ocupa un lugar central en el universo es justamente porque es quien da razón de todo cuanto es y, en lógica consecuencia, es capaz de disponer de casi todo de acuerdo con sus necesidades. Pero ese hombre padece asimismo el enorme y casi insoportable peso que conlleva ser el otorgador de sentido y de valor. Murdoch aborda en sus reflexiones la idea que el hombre moderno tiene de sí mismo, como razón propia, subjetiva, no derivada de nada externo y también como voluntad de acción, de realización de esos propósitos, ideas, necesidades, etc. Lo que ella pretende es producir unidad en ese desgarramiento —de un lado la razón y de otro una realidad carente de potencia—, y lo que confiere relevancia a sus ideas, es sobre todo el que se presentan como los requisitos de una particular toma de conciencia sobre la posición del hombre en el universo.

El concepto de hombre es, pues, la clave de bóveda de la construcción toda del mundo humano. De él depende lo que se valora y lo que se desprecia, lo que se espera y lo que se tiene por imposible, etc., y asimismo lo que resulta conveniente hacer y lo que no debe ni siquiera ser planteado. Si sufre modificaciones, entonces también lo hacen las dimensiones del dominio de los valores, esperanzas, voliciones, posibilidades, etc. Y como ya se ha insinuado, el núcleo de ese concepto, su nota más propia y distintiva, es la racionalidad. El hombre

aparece como el ser racional, es decir, capaz de dar cuenta de lo que le rodea y, precisamente por ello, capaz también de acción racional, de dirigir su voluntad a objetivos de los que asimismo puede darse cuenta. En sus líneas más generales, ésta es una imagen que se extiende hasta donde alcanzan las noticias referentes a la autoconciencia humana: el hombre es una combinación de entendimiento y voluntad.

Sin embargo, las maneras y proporciones de esa combinación dan lugar a figuras a veces muy diversas. Para lo que aquí nos interesa podemos oponer dos: una que sitúa en el entendimiento toda la potencia ontológica, otorgando a la voluntad un poder casi ilimitado y otra que hace depender a ambos, entendimiento y voluntad, de la realidad exterior, de la cual son en cierta medida reflejos (no determinados por completo). La concepción dominante en el mundo moderno se basa en la primera de las dos imágenes mencionadas. Y a ella es a la que Murdoch se enfrenta principalmente: a la que toma al hombre como voluntad aislada, como una potencia interior que se asoma al exterior para apropiarse de una realidad que aunque resulta amenazante es verdaderamente dependiente, puesto que todo su sentido se encuentra depositado en la capacidad del entendimiento concipiente. Una imagen así subyace, en opinión de Murdoch, a las principales concepciones éticas modernas: el conductismo, el existencialismo y el utilitarismo (18). Esta potencia, de rasgos proteicos, es entendida casi siempre como negatividad, como posibilidad y capacidad de transformación. Y su influencia es enorme: lo que el hombre sea es el resultado de lo que quiera ser. La libertad —y lo asociado a ella: la voluntad, el poder— se convierte en el concepto moral supremo. Este concepto es el garante de los valores secundarios

creados por la elección, y ésta, junto con el acto, la decisión, la responsabilidad y la independencia, termina convirtiéndose en un principio absoluto. Que el hombre es libre significa precisamente que trasciende todo vínculo y dependencia, que puede decir no. Y, sin embargo, a la voluntad nada la trasciende, en ella se condensan todos los valores. La idea de bien pierde definición y se vacía de contenido y sólo la elección humana puede llenarla. Así, por ejemplo, el liberalismo (político), tan importante en el mundo moderno, se sustenta sobre una idea similar de la naturaleza humana.

Esta imagen no tiene que ser rechazada por completo sino contrarrestada en una cierta medida y proporción. Para ello se hace imprescindible una renovada –o recuperada– percepción de lo real que conduzca al establecimiento de un vínculo estrecho entre el ser del hombre y su trato con las cosas del mundo. La realidad no puede ser entendida como algo ajeno al hombre de lo que hay que ocuparse, sino que debe ser vista como un componente esencial de su ser, puesto que él existe ya siempre *fuera de sí* referido a lo que le rodea, lo que le obliga a estar a la altura de las circunstancias (en las que se encuentra). Por eso, como se ha dicho, su libertad no puede consistir en desprenderse sin más de la realidad. Pero dar importancia a las cosas no significa tampoco suponer que el hombre sea secundario o dependiente de esas cosas a las que se adecua. La idea de adecuación que aquí se emplea tiene más que ver con el desarrollo de un cierto ideal de humanidad, de una idea de *bien*. Del siguiente modo: aceptando que el hombre es actividad y, así, negatividad –su desapego implica no ser propiamente nada positivo–, se insiste en que estas dos características no representan más que puro vacío si no tienen que ver con contenidos a los que el propio hombre se

somete de algún modo aunque sea él el que se los dé a sí mismo. La negatividad es, por otra parte, de gran importancia si es entendida en su relación con la idea de bien que acaba de mencionarse: que el hombre sea negatividad, es decir, que su ser se encuentra afectado de modo principal por la posibilidad de ser antes que por la efectividad comporta su capacidad para *hacerse*, para modificar su propia dimensión, para desarrollarse, la capacidad, en fin, de algo en lo que insiste Murdoch y que se convierte en uno de sus conceptos fundamentales: perfección.

Algunos de los rasgos de la posición de Murdoch que han sido señalados nos permiten apreciar los aspectos diferenciales. El más importante entre ellos podría ser uno que se encuentra impregnado de un fuerte sabor wittgensteiniano –éste, junto con Simone Weil y Platón, constituyen aquí sus principales referencias. Nos estamos refiriendo a la insistencia en prestar atención a las cosas en su particularidad que conlleva esforzarse en huir de una razón abstracta y prejuiciosa o, lo que es lo mismo, perfeccionar el propio ser ejercitándose en una auténtica experiencia de la realidad. De ahí que, para Murdoch, la libertad, la acción, la moral, antes que como características exclusivas del hombre, que lo separan de la realidad natural, deban ser entendidas como una función del intento progresivo por ver un objeto particular de manera clara (31). Este tipo de naturalismo tiene también una raíz wittgensteiniana. Pero se trata de un naturalismo al que se le añade la idea de perfección –ésta es la que permite incorporar las nociones de individualidad y de historia personal, de tal manera que pueda hablarse de un avance moral hacia una privacidad creciente. La razón es, de este modo, concebida como razón idiosincrásica –teniendo siempre que ver con la particularización e individualización, humana y real– y no como razón común;

y, no obstante, esto no impide que el naturalismo tenga sentido o que el agente moral sea entendido como alguien que intenta adecuarse a pautas exteriores y no meramente como uno que vive en el interior de su propio mundo obsesivo-alucinado. Lo que podríamos llamar el “naturalismo del perfeccionamiento” implica, pues, asumir que hay una continuidad fundamental entre el ser del hombre y el de la realidad externa, pero entendiendo que ésta involucra una relación de adecuación y de esfuerzo por mantener esa misma realidad: al hombre debe importarle lo que le suceda al mundo que le rodea, y lo que suceda depende de lo que él pueda y haga.

El concepto fundamental en este contexto es “atención”. Esta palabra, tomada de Simone Weil, le permite expresar a Murdoch la idea de una mirada fija, justa y amorosa dirigida sobre la realidad individual. De una mirada que no puede darse por supuesto, sino que es el resultado de la disciplina cuya condición primera es el abandono de cualquier idea de la razón como denominador común, de la pretensión de universalidad, tal y como Wittgenstein ha insistido en su *Cuaderno Azul*. El concepto de “atención” se encuentra estrechamente ligado al de “detalle”: hay que ejercitarse en una creciente comprensión de la complejidad y el detalle. Como señala Murdoch, las falsas concepciones son estereotipadas. La atención es, entonces, “el rasgo característico y propio del agente moral activo”, de tal modo que “Sólo puedo elegir dentro del mundo que puedo *ver*, en el sentido moral de “ver”. Eso supone que la visión clara es el resultado de la imaginación moral, del esfuerzo moral” (44). Precisamente por ello, la atención es el esfuerzo por contrarrestar los estados de ilusión moral, ésos en los que una idea preconcebida, interior, se absolutiza e impera más allá

de toda verdadera realidad, que es particular, individual –por supuesto que de esta realidad individual forman también parte, de un modo que podríamos considerar paradigmático, las *situaciones* humanas, aquellas sin cuya concurrencia no lograríamos entender al hombre verdadero, es decir, al individuo con su circunstancia.

Pero volvamos un momento sobre lo anterior. No es que le *debamos* algo a las cosas, a la realidad. Es nuestro propio ser el que está en juego. El asunto puede ser planteado de esta otra forma: ¿qué significan las expresiones frecuentes “quiero ser yo mismo”, “quiero ser libre”? Se dice esto asumiendo quizás que una vez que nos deshacemos de todo lo que nos ata surge del lugar más recóndito, incontaminado, nuestro verdadero yo. Pero puede que nuestro verdadero yo no sea más que la capacidad de abordar atenta y creativamente lo que hay, las situaciones en las que nos encontramos. No se trataría entonces de algo ya constituido que se libera, sino de una capacidad que se ejercita. Las situaciones vitales *exigen* de nosotros que reaccionemos de determinadas maneras. Cuando lo hacemos, aprendemos a volverlo a hacer en condiciones variadas, desarrollando al tiempo lo que hay de posibilidad en esas situaciones. Podríamos decir entonces que nuestro yo formado no es otra cosa que el resultado de un trabajo de creación. Observamos, atendemos, vemos entonces qué se puede hacer y aprendemos a hacerlo. Una vez disciplinado nuestro yo, *surgen* realizaciones posibles; si somos capaces de seguirlas, entonces creamos algo. Así que nuestro yo formado es una mezcla de atención más sesgo creativo. Esto se enfrenta tanto a la imagen del yo vacío, absolutamente separado de todo, sin contenido, pura formalidad, cuanto a lo que podríamos llamar un “yo meramente natural”, puro epifenómeno o

puro resultado de causas o determinaciones que no están en él.

Al intentar percibir la realidad según su propio sentido (lo que exige también imaginación) se desarrolla un comportamiento moral y la visión resultante puede ser calificada de moral. De ahí que Murdoch nos diga que, de ese modo, a la palabra realidad se le confiere un carácter normativo: es el esfuerzo, logrado, por ser justo y amoroso con alguien el que permite verlo como realmente es. Y es este ver el que impone una cierta obligatoriedad: cuando se ve adecuadamente, se ve también lo que hay que hacer. Si, por el contrario, ignoramos el trabajo previo de atención para fijarnos en el momento vacío de la elección, es probable que identifiquemos la libertad con ese vacío, ya que no hay nada más con lo que identificarla. Cuando la atención es lo primero, no puede sorprendernos que en los momentos cruciales se encuentre ya determinada la mayor parte de lo que hay que elegir. Sin embargo, esto no implica que no seamos libres. Lo que ocurre es que la libertad no es identificada con el vacío acto de decisión concluyente y radical. Se trata, más que de un gran salto que tiene lugar únicamente en momentos importantes, de algo “pequeño” y “cotidiano” que tiene continuidad en el esfuerzo por modificar la mirada con vistas a la adecuación, al logro de la perspectiva correcta (Wittgenstein). La vida moral es, por tanto, algo que está ocurriendo continuamente, no lo que queda en suspenso cuando no tienen lugar elecciones explícitas. En el punto cero que constituye la elección, en ese lugar de corte del que tiene que surgir la nueva realidad, la realidad moral, no es la voluntad quien principalmente entra en juego, sino la atención, que dispone en cierto modo lo que debe hacerse, casi como si se tratara de algo natural. El imperativo moral habría de ser entonces

“haz lo que debes” –pero aquí el deber no respondería ni a un mandato autónomo ni a uno heterónomo, sino únicamente a una exigencia amorosa.

Así pues, una variación en la imagen del hombre requiere un concepto de libertad diferente. La libertad tiene que ver con la posibilidad de irse acercando a una cierta aprehensión. Somos libres para ir perfeccionando nuestra capacidad de trato con las cosas, de manera que nos aproximemos a una aprehensión más adecuada mediante la atención. Y esto es algo que podemos hacer cada vez mejor, hasta alcanzar un bien. La idea de bien no se encuentra separada, por tanto, de la de conocimiento –de un conocimiento en los términos que han sido indicados–, se encuentra conectada, por el contrario, con una percepción purificada y honesta de lo que sucede realmente, con una exploración y un discernimiento pacientes y justos de aquello a lo que nos enfrentamos. Es el resultado no de un simple abrir los ojos, sino de un tipo de disciplina moral que no reclama comportamientos extremos, pues es, como dice Murdoch, familiar a todas las personas.

La imagen a la que se enfrenta esta idea de perfección es, como ya se ha dicho, ésta de una voluntad vacía, pura actividad y desprendimiento. Y una voluntad así tiene sus patologías, padece virulentos ataques de angustia que son consecuencia de su sentimiento de que debiendo serlo todo no es otra cosa que vacío. Pese a ello, tampoco puede concebirse una voluntad que no esté, en alguna medida, *suelta* –sólo así hay lugar para la posibilidad; desde el punto de vista de la voluntad, lo que puede ser también forma parte de la realidad. De este modo, nos hallamos ante el dilema de construir un concepto de libertad que comprenda el vacío que constituye la base de todo movimiento moral, de toda actividad que no sea pura predeterminación. Pero de tal

manera que se evite la caída en lo que podemos llamar el vacío absoluto, que es lo propio de la angustia tal como es vista por Murdoch: la exaltación sin sentido de la actividad negativa de la voluntad que no produce otra cosa que infelicidad, mal asentamiento en el mundo y en último término algo que, por otra parte, tiene connotaciones hegelianas: el desgarramiento. Al desgarramiento, que va de la mano del concepto negativo de libertad, habría que oponerle entonces un concepto de libertad que no llamaríamos “positiva” –dadas las implicaciones de mera aceptación resignada de lo que hay– sino “atenta”.

Anteriormente hemos dicho que, cuando se piensa la realidad moral con la ayuda de conceptos como los de “atención” o “perfección”, la elección explícita, ese simple estar en el gozne de la libertad absoluta (o del vacío absoluto), en el punto en el cual uno no se encuentra determinado por nada, se vuelve menos importante, menos decisiva, puesto que “mucho de lo que tiene que ver con la decisión reside en otra parte”: “Si atiendo adecuadamente no tendré elecciones y es éste el estado al que aspirar” (46). Puede resultar paradójica esta pretensión. Cuando atiendo adecuadamente ya no se trata de elegir cómo ha de ser la cosa por medio de mi acción, sino de que la cosa modifique mi acción. Para ello, en lugar de elevarme sobre, de colgarme en el vacío, elijo entregarme, demorarme en la contemplación. A esto es a lo que Murdoch llamará un “cierto cultivo estético”. Para ella, existe una relación esencial entre lo bueno y lo estético que convierte al (verdadero) artista en un modelo de la ética, puesto que éste trabaja, como el hombre moral, en favor de una mejor adecuación a la cosa; su amor a la cosa es determinante en su creación estética.

Por esta vía estética, que se convierte en la senda real para la argumentación de

Murdoch, se logra oponer al concepto de libertad propio de una voluntad vacía, el concepto de necesidad, que puede resultar aquí también bastante sorprendente. La situación ideal debe ser más bien representada como una especie de necesidad: “Esto es algo de lo que hablan los santos y que cualquier artista comprenderá enseguida. La idea de una observación amorosa y paciente, dirigida sobre una persona, una cosa o una situación, muestra la voluntad no como un movimiento sin impedimentos, sino como algo muchísimo más parecido a la “obediencia””. Y resulta curiosa la aparición de este concepto de obediencia que tiene resonancias del último Heidegger, un filósofo que no le es precisamente simpático a Murdoch: el que escucha es el que obedece, y el escuchar es una manera de transformar la acción de la razón hacia un punto de vista diferente con respecto al ser. “La voluntad es obediencia, no resolución”. Ésta es una frase de Simone Weil que expresa la concepción que Murdoch pretende hacer patente: que la voluntad y la razón no son facultades separadas, sino que la primera está influyendo continuamente en la segunda para dirigir su atención hacia la realidad. “Como agentes morales tenemos que intentar ver con justicia, superar el prejuicio, evitar la tentación, controlar y dominar la imaginación, dirigir la reflexión”. Ésta es la forma de proceder del artista, que ha ejercitado la voluntad como obediencia a la realidad. Una obediencia que se sitúa idealmente en una perspectiva desde la que no hay elección, desde la que se ve la cosa tal y como realmente es.

En realidad, las situaciones estéticas no son tanto analogías cuanto casos de la moral. La virtud es en el fondo la misma en el artista que en el hombre bueno: “en tanto que es una atención desinteresada sobre la naturaleza: algo que es fácil de

decir pero muy difícil de conseguir. Los artistas que han reflexionado han dado con frecuencia expresión a esta idea. (Por ejemplo, Rilke elogiando a Cézanne habla de una “consumación del amor en el trabajo anónimo” (48). El verdadero artista es el que trabaja amorosamente con los materiales, extrayendo de ellos la forma y no el que pretende dotarlos de una forma que no les corresponde. Y esta virtud estética es la virtud moral: “Si concebimos al agente como obligado por la obediencia a la realidad que puede ver no dirá “Esto es correcto”, es decir, “Elijo hacer esto”, dirá “Esto es ABCD” (palabras descriptivo-normativas), y la acción sucederá de modo natural. Como no ocurrirá la elección vacía, no se necesitará la palabra vacía”(ibid.).

Lo que nos enseña principalmente la observación de los modos de proceder característicos del arte auténtico es cómo se cultiva una disciplina de la limitación de un yo caprichoso e ilusorio que constituye, para Murdoch, la verdadera fibra moral. Este yo, en su forma absolutizada, representa lo más característico de la modernidad. Y para Murdoch, de lo que se trata precisamente dentro de la filosofía moral es de combatir ese enemigo que representa el gordo y despiadado ego: “El yo, el lugar donde vivimos, es un lugar de ilusión. La bondad está conectada con el intento por ver el no-yo, por ver y responder al mundo real a la luz de una consciencia virtuosa. Este es el significado no metafísico de la idea de trascendencia a la que los filósofos han recurrido en sus explicaciones de la bondad” (95). La filosofía moral es, según ella, la discusión sobre las técnicas, si la hubiese, para la derrota de este ego. Para ello ha sido siempre imprescindible el establecimiento de una pauta externa en forma de idea de bien. Sin embargo, una vez que ha sido abandonada esta idea de bien y que ha sido sustituida por la de

corrección, relacionada con el trabajo de un agente moral suelto, el crecimiento desmesurado del yo moderno ha adelgazado a aquél hasta reducirlo al rápido destello de la voluntad electora. Frente a la realidad evanescente de esta última, la idea de un objeto de *atención* sirve precisamente como técnica para purificar y reorientar una energía que de suyo es egoísta. Este es el papel que juega, por ejemplo, la idea de Dios, pues Dios es un objeto de atención único, perfecto, trascendente y necesariamente real. Un yo que tiene en cuenta la realidad trascendente a él se ejercita mediante la disciplina de la atención de modo que se forma y perfecciona hasta llegar a ser más que pura actividad y vacío. Eso es lo que ocurre con el amor. La aparición del amor representa el desvanecimiento de la voluntad pura. Y tampoco se puede dejar de estar enamorado a voluntad. Para ello se requiere, más que nada, la adquisición de nuevos objetos de atención y por tanto de nuevas energías que resultan de la modificación que representa atender a una nueva realidad.

Pero la idea de realidad remite al concepto de trascendencia que es básico para la ética. Y la trascendencia, por su parte, se refiere a la aceptación de un bien no meramente subjetivo. Esto supone que la trascendencia moral es, aunque resulte paradójico, realista. La moralidad, la bondad, es una forma de realismo: de lo que se trata es de adecuarse a la realidad. De ahí que resulte inaceptable la idea de un hombre bueno que viva en un privado mundo de ensueño. Murdoch insiste en que el principal enemigo de la excelencia en la moralidad, y también en el arte, es la fantasía personal: ese constructo realizado a base de autoengrandecimiento y de consoladores deseos y sueños que impiden ver lo que hay fuera de sí. Precisamente por eso un hombre bueno debe conocer ciertas

cosas acerca de su entorno. El realismo más que una constatación representa un reto y, precisamente por ello, exige esfuerzo.

Esta idea, como siempre, se ejemplifica de la mejor manera en el arte. Murdoch menciona el comentario de Rilke según el cual Cézanne no pintaba “me gusta”, sino “ahí está”. Pero lograr esto no es fácil, tanto en el arte como en la moral se requiere *disciplina*. En el arte mediocre se aprecia la intrusión de la fantasía, la afirmación del yo, el oscurecimiento de toda reflexión sobre el mundo real. Pero cuando se es un hombre moral, o un hombre estético, se deja de ser un objeto natural, algo determinado, una persona marcada por sus necesidades, para ser alguien que se esfuerza o disciplina, transformándose en el trabajo de adecuación a eso otro. Murdoch roza en este punto el concepto de “indisponibilidad” que ha sido utilizado por algunos filósofos en sus críticas a la racionalidad técnica contemporánea, en la cual el hombre es entendido como el que es capaz de disponer de todo (Weber, Adorno/Horkheimer, Heidegger). Nos dice que esto es bastante claro en nuestra percepción de la belleza: “El vínculo aquí es el concepto de indestructibilidad o incorruptibilidad. Lo que es verdaderamente bello es “inaccesible” y no puede ser poseído o destruido” (65). Por eso la idea de trascendencia se encuentra conectada con la de *perfección* (que implica una modificación trans-egótica) y la de *certeza* (que implica adecuación, ponerse a disposición de la cosa).

Sin embargo, el realismo del que se habla no puede suponer el simple, y empirista, sometimiento a la realidad tal como efectivamente se presenta. Aunque hay, como se ha dicho, una necesidad de atender a las cosas para huir del peso excesivo de un yo vacío, es también un hecho que los seres humanos no puedan

soportar mucha realidad, lo que implica no sólo la necesidad de trascendencia del yo sino también la necesidad de ir más allá (creativamente) de esa realidad empirista, planteándose la cuestión del bien (cómo puede ser la realidad para que sea considerada buena). Sobre esta contradicción fundamental humana el arte nos ofrece de nuevo esclarecimiento, pues él combina tanto la tendencia hacia la fantasía como el esfuerzo paralelo por resistirse a ella: “El arte presenta los ejemplos más comprensibles de la tendencia humana casi irresistible a buscar el consuelo en la fantasía y también el esfuerzo para resistir a esto y de la visión de la realidad que llega con el logro. En realidad, el logro es raro. Casi todo el arte es una forma de fantasía-consuelo y pocos artistas alcanzan la visión de lo real. El talento del artista fácilmente puede ser empleado, y lo es de modo natural, para producir un retrato cuyo propósito es el consuelo y el engrandecimiento de su autor y la proyección de sus obsesiones y deseos personales. Silenciar y expulsar el yo, contemplar y delinear la naturaleza con ojos limpios, no es fácil y exige una disciplina moral. Un gran artista es, con respecto a su trabajo, un hombre bueno y, en el auténtico sentido, un hombre libre” (69).

Pero el control del egoísmo, imprescindible para una visión adecuada de la realidad, no representa únicamente la negación sin más del yo, pues es precisamente este yo –o, mejor dicho, un yo resultante del perfeccionamiento del yo egoísta– el que tiene que trabajar en favor del control del egoísmo e, incluso, de la anulación del yo (como astro estelar). Así, el arte más grande, aunque ocasionalmente responda a las obsesiones personales de los artistas, es en realidad impersonal porque nos muestra el mundo, nuestro mundo y no otro. Esta idea de la contemplación no posesiva se convierte en un modo



alternativo de trato con lo real. El trabajo autoclausurador del yo creativo produce claridad en la presentación de lo real, una claridad que nos sobresalta. Y dado que nuestras mentes están constantemente activas fabricando un velo ansioso, en general egótico y falsificador, que nos oculta parcialmente el mundo, parece que todo lo que altere la conciencia en la dirección del no egoísmo, la objetividad y el realismo debería de estar conectado con la virtud.

Más que servirse de ella, el artista aporta algo a la realidad, una perspectiva adecuada. La atención del gran artista, ésa que se esfuerza en la visión de sus objetos, los ilumina con una luz de justicia y misericordia. Y la capacidad de dirigir la atención de ese modo, disciplinando los asaltos de una fantasía vacía y egótica, da lugar a otro de los conceptos claves en el pensamiento de Murdoch: el “amor”. No se trata, sin embargo, del amor humano, que es demasiado posesivo y mecánico para ser capaz de adensarse como un lugar de la visión. El amor más elevado es, como ocurre en el arte, impersonal. La imagen, pues, de una personalidad humana moral, no egótica, ha de incluir el amor: la capacidad de liberarse de la fantasía, para atender, para *ver*, es decir, para amar (71). Y así regresa de nuevo el asunto de la libertad: ésta representaría entonces una suerte de realismo de la compasión. El hombre libre es el que se ha ejercitado en la visión (moral), lo que es lo mismo que esto otro: es el que ha ido determinando su yo de un modo no egótico. Y para ello el arte le proporciona la mejor ayuda, pues éste, como acaba de mostrarse, hace que no pierda la conexión con una cierta imagen del bien entendido como un centro magnético trascendente. El arte, insiste Murdoch, es más importante que la filosofía para la salvación de la humanidad.

El bien representa el foco de atención que mueve el esfuerzo por producir claridad en la visión. Es decir, el bien es la pauta trascendente por la que se mide el esfuerzo para abandonar la fantasía y ser realista. De ahí que toda visión justa sea un asunto moral (75). Y no obstante, el tipo de pauta al que se refiere Murdoch no tiene nada que ver con un fin en el sentido de una trascendencia absoluta (autónoma o heterónoma, como se ha dicho). Nuestra autora nos indica que el principio y el final de la ética viene expresado por el lema “todo es vanidad”. De ahí que el único modo genuino de bondad sea el gratuito, el que acontece en medio de un escenario donde todo lo “natural”, incluyendo la mente de uno mismo, está sujeto al azar, o lo que es lo mismo para ella, a la necesidad. Esa gratuidad es lo que otorga verdadero significado a la idea de indisponibilidad o a la trascendencia de la idea de bien. Una trascendencia que tiene que ver, antes que nada, con cortar y exceder y no con un fin heterónimo. Esto es lo que Murdoch pretende nombrar con lo que ella denomina dos asunciones fundamentales: que los seres humanos son por naturaleza egoístas y que la vida humana no tiene un punto externo o *telós* (82). No hay Dios, ni en el sentido tradicional del término, ni en sus formas recicladas por la modernidad: Razón, Ciencia, Historia. El sentido, de haberlo, es de otro tipo y debe buscarse dentro de una experiencia humana omnicompreensiva. Y el arte vuelve aquí de nuevo en nuestra ayuda. Las artes nos muestran el absoluto sin sentido de la virtud (89) a la vez que exhiben su importancia suprema. El sin sentido del arte es el propio de la vida humana y su forma no es otra cosa que la expresión de la no finalidad autocontenida del universo. El buen arte revela aquello que debe ser reconocido: *el diminuto y absolutamente aleatorio detalle del*

*mundo*. Muestra así lo difícil que es ser objetivo y lo diferente que se presenta el mundo bajo una visión objetiva. El arte trasciende las limitaciones egoístas y obsesivas de la personalidad y puede agrandar la sensibilidad de su consumidor, pues el realismo artístico no es fotográfico, es esencialmente piedad y justicia. Ésta es una gran idea: aunque el arte tiene que ver con esa presentación de la objetividad que nos liga a las cosas, también es cierto que invita a la trascendencia de nuestras limitaciones al aumentar nuestra sensibilidad. Esto significa que es creativo con nosotros mismos, que fomenta la posibilidad; pero no posibilidad en el sentido de la mera potencia desatada, algo así como la voluntad de poder nietzscheana acelerada a través de las vanguardias del s. XX, sino esa capacidad profunda de *Bildung*. Por eso el realismo del que aquí se trata no es copia ni representación simple sino, como se ha dicho, piedad y justicia, que no son posibles sin imaginación. Y esto último significa algo que contamina de alguna manera humana aquello que es mirado: añade lo ético (la carencia de lo cual impone al Virgilio de Broch la penosa tarea de destruir su obra). Pero contaminar de manera humana no quiere decir despotenciar la realidad como si se tratara de una materia prima a disposición. Es lo contrario de esto: es ir a las cosas reconociendo que tienen su potencia y que, no obstante, ésta se encuentra de alguna manera a expensas del hombre, puesto que tiene que abrirse, iluminarse, tiene que poder darse y completarse gracias a una mirada lo suficientemente estética como para ser ética. Incluso frente a la muerte, respecto de la cual estamos deseando hallar consuelo para que no resulte tan intolerablemente, el arte tiene que esforzarse en una amorosa presentación de la azarosidad e incompletitud de la vida humana. Para

Murdoch, el papel de la tragedia, y también de la comedia y la pintura, es mostrarnos el sufrimiento sin afectación y la muerte sin consuelo. O, de haberlo, sólo aquel “austero consuelo de una belleza que nos enseña que nada en la vida tiene valor alguno salvo el intento por ser virtuoso” (90). Esta es una idea muy wittgensteiniana, la idea de que ser virtuoso es la única cosa que dota de valor y, de esa misma manera, de sentido a la vida humana.

El buen arte despliega sus dimensiones éticas justamente cuando nos enseña una aceptación de lo real-objetivo –en el sentido que tiene “realismo” para Murdoch– y nos ayuda de tal forma a resistir la tentación de nuestras propias ilusiones egóticas. Entonces, nos rendimos a su autoridad con un amor que no es ni posesivo ni egoísta. De ese modo proporciona, como han indicado otros, las técnicas necesarias para afirmar la vida, para complacerse en la existencia: él nos muestra el único sentido en el que lo permanente e incorruptible es compatible con lo transitorio. Y esto recuerda el verso de Hölderlin: “Pero lo que permanece lo fundan los poetas”. Los poetas, humanos, fundan no obstante el orden que nos trasciende. Podemos, así, acabar con las palabras finales de Murdoch que ofrecen un buen resumen de su concepción del hombre: “La bondad está relacionada con la aceptación de la muerte real, del azar real y de la fugacidad real, y sólo en el contexto de esta aceptación, que es psicológicamente tan difícil, podemos comprender en toda su amplitud lo que es la virtud. La aceptación de la muerte es una aceptación de nuestra propia nada, que es una incitación automática a que nos concierna lo que no somos nosotros mismos. El hombre bueno es humilde; es muy distinto del gran Lucifer neokantiano. Es mucho más como el recaudador de

impuestos de Kierkegaard. La humildad es una rara virtud, pasada de moda y a menudo difícil de discernir. Sólo raramente se encuentra uno con alguien en quien brilla auténticamente, en quien uno percibe con asombro la ausencia de

los ansiosos y avariciosos tentáculos del yo. (...) El hombre humilde, porque se ve a sí mismo como nada, puede ver otras cosas como ellas son. Ve el sentido de la virtud, su valor único y el alcance sin fin de su demanda.” (104).